

Universidad de Los Andes
XVIIIª Feria Internacional del Libro Universitario
Mérida, 19-28 de junio, 2015

Sábado, 20 de junio, 2015 / 4:00 pm

Luis Ricardo Dávila

Presentación del libro:

Mariano Picón-Salas

REGRESO DE TRES MUNDOS

Un hombre en su generación

(Fondo de Cultura Económica, México, 1959; reimpresión Libros de *El Nacional*, Caracas, 2015)

Me propongo en lo que sigue recoger la "botella al mar" arrojada por nuestro inefable y extraordinario Mariano Picón-Salas, como homenaje a su pensamiento con ocasión de la presentación de su *Regreso de tres mundos. Un hombre de su generación*, un libro ordenado según su propia biografía, pero no por ello mero relato personal: "*Entrego ahora este libro en que quise ofrecer un poco la razón de mi vida*", escribe en su segunda línea (p. 9). El mismo es un compendio vasto y riquísimo de reflexiones sobre la cultura hispanoamericana. Por su carácter autobiográfico, y por la intención con que fue escrito, *Regreso de tres mundos* son páginas penetradas por la existencia del propio pensador, en momentos en que percibía que sus años se acortaban: "*nos estamos acercando a ese desaprender y olvidar que es el morir*" (p. 9), añade en su primera página, siete años antes de su fallecimiento.

AFINANDO LA SORDINA

Comencemos por limpiar el escenario y descartar una idea fácil de lo que hoy vamos a hacer, del personaje del que hablaremos en lo que sigue y de su obra seminal, su obra síntesis que muestra un camino de llegada. Mariano Picón-Salas (1901-1965) no fue el merideño más universal, como una cierta

opinión simplista lo ha repetido, tampoco fue un polemista y hereje escritor, como lo sugieren otros. Mucho menos fue un cantor nostálgico de un paraíso extraviado, de una comarca perdida de princesas labriegas y ríos espumosos. No. Nada de eso. Picón-Salas, hay que decirlo desde el comienzo, fue eso y mucho más, fue uno de los más importantes pensadores americanos de un tiempo histórico en que resplandecían los grandes hombres de pensamiento. Se contaba entre los más vigorosos, los más diversos y profundos, de gran sensualidad y música en la escritura, con un estilo incomparable. Situado entre los que con mayor clarividencia penetraron en el misterio de las cosas y entre quienes con mayor intensidad lograron transmitirnos ideas sensibles y exactas sobre el mundo y las cosas de ese, su mundo, de este, nuestro mundo. Leyéndolo despacio, con sosiego, mirando debajo de las máscaras que utilizaba, podemos descubrir una poderosa corriente verbal, estremecedora y luminosa, que nunca cesó de expresarse a través de los ropajes verbales más variados.

En su forma de componer había algo de trance, como lo muestran las páginas del libro sobre el que hoy conversamos. Esa sólida figura intelectual era un entrañable merideño. Ese maestro en el arte del pensamiento y la escritura decide dejar testimonio escrito –luego de cuatro décadas de incesante transitar-- del viaje de su vida, por que *iqué otra cosa es la vida humana sino un viaje!* Decide dejar testimonio escrito – insisto-- de su regreso de la vida. Es el gran animador de un nuevo género de intelectuales que apareció en el horizonte hispano-americano por allá por la década de 1920-1930, todos tentadores por la tentación que tuvieron, en última instancia, de soñar de nuevo el mundo, de sembrarlo de esperanzas.

“Perdido ya mi más firme asidero en la tierra, levantaré contra las contingencias del mundo mi frágil telaraña de sueños abstractos (p. 68).

Oigamos sus propios términos al plantearse el no menos importante dilema de:

“¿Qué íbamos a hacer los intelectuales ante la explotación

y despojo que padecían nuestros pueblos?” (p. 104).

La respuesta no se hace esperar:

“Nos parecía nuestro deber —contra esa fuga de la historia que practicaron otras generaciones como la de los modernistas— esclarecer la situación histórica y prepararnos para los cambios ineludibles que traería el tiempo. Junto a nuestros libros universitarios de letras y filosofía, colocamos algunos de política y ciencia económica. Tener más perspicacia para entender lo que viene (...)” (p. 104).

En medio de su trabajo periodístico, de sus investigaciones sobre la historia cultural hispanoamericana, de su exquisita prosa evocadora, animadora polémica y difusora de un nuevo estado de espíritu, *“aquel que pretende traspasar el tiempo y hacernos invulnerables a la muerte”*, como diría en su Mensaje a los merideños, con motivo del IV Centenario de la Ciudad en 1957). En medio de las más altas dignidades diplomáticas, académicas y administrativas, de las más extensas redes de amistad literaria, en medio de sus patéticos dolores, de su errancia y demás dramas de vida, la fuerza de sus sueños, siempre en entredicho ante una realidad amorfa, la vibración de su esperanza, no cesaba de manar el caudal feliz de su palabra. Una búsqueda perpetua —que aún hoy celebramos-- y un aliento que apenas si cesó con la muerte. En ese estado emocional nuestro autor decidió dejar testimonio de su regreso de una trinidad de mundos:

“Los tres eran: mundo, demonio y carne o en el viaje del alma: infierno, purgatorio, paraíso”.

Lo cual haría en viaje inverso al del Dante. Si bien el florentino eterno quiso seis siglos antes mostrar los vericuetos divinos de la comedia humana, en su ascensión desde el ardoroso Infierno hasta el luminoso Paraíso, pasando por esa suerte de limbo que es el Purgatorio. El merideño mostraría mejor su regreso -- acaso en descenso-- de la experiencia del mundo, del demonio y de la carne, hacia el “cuerpo que envejece y muere”.

NUESTRA MIGAJA DE TIEMPO HISTÓRICO

Hace 56 años aparecía en México, bajo el sello editorial del Fondo de Cultura Económica, este texto autobiográfico. Obra que perdura como la que ahora nos ocupa, ya sabemos que es un espejo de tres filos: el que expresa la conciencia de quien la escribe¹, el que declara los rasgos del lector y el que refleja un mapa del mundo. Casi llegaba Picón-Salas a sus seis décadas de existencia cuando escribe este espejo de tres filos: *Regreso de tres mundos. Un hombre en su generación*. Según la fecha del ensayo introductorio, *Como la botella al mar*, el libro fue escrito entre Caracas y Río de Janeiro en 1957-1958. En abril de este último año (1958), es nombrado Embajador Extraordinario y Plenipotenciario de Venezuela en Brasil como representante de la Junta Provisional de Gobierno que había asumido el poder un par de meses antes, luego de dar al traste con nuestra penúltima dictadura.

En junio llega a Rio de Janeiro donde permanecerá hasta el 23 de agosto del año 1959. En marzo del mismo año (1959), Picón Salas es designado en París por Rómulo Betancourt –ya electo por el voto popular como Presidente Constitucional de Venezuela-- como Embajador-Delegado Permanente de Venezuela ante la UNESCO², adonde llega en septiembre de 1959. Acaso durante estos cinco meses de estadía adicional en Brasil, entre marzo y agosto de 1959, Picón-Salas aprovecha para poner punto final a este texto autobiográfico y además despedirse con un hermoso y emotivo ensayo: *Despedida do Brasil* que aparece en el mismo año 1959 publicado por la Associação Brasileira do Congresso pela Libertade da Cultura, con prólogo de Afranio Coutinho, profesor, crítico literario y ensayista brasileño con quien Picón-Salas sostuvo gran amistad, y quien escribió en este mismo 1959 una *Historia literaria brasileira (Introdução à literatura no Brasil)*

¹“¡Conciencia, no me abandones! es el grito del hombre que quiso pensar y deliberar con justicia en la angustiosa lucha existencial” (p. 144).

² Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura/ por sus siglas en inglés *United Nations Educational, Scientific and Cultural Organization*.

Todo esto viene a cuento para ilustrar algunos detalles del contexto en que aparece el libro que nos reúne acá, el cual se desarrolla en once (11) partes con una maravillosa introducción:

<i>Como la botella al mar</i> 9	
I. Adolescencia	19
II. Tentación de la literatura	31
III. El año 1920	44
IV. Estación en Caracas	53
V. Días de marcha	64
VI. En la "fértil provincia señalada"	75
VII. "Amor, en fin, que todo diga y cante"	87
VIII. La palabra revolución	98
IX. Regreso y promisión	111
X. Vicisitud de la política	120
XI. Añorantes moradas	132

El libro que hoy presentamos compendia la reflexión del pensador expuesta en sus libros anteriores. En su ensayo introductorio ya referido --*Como la botella al mar*-- no esconde el propósito grave de despedirse, como si el pensador hubiese oteado su llegada al término de la lección profunda y vasta impartida en su obra general. Así escribe:

"De nuestra generación desaparecieron muchos compañeros sobresalientes y la torpe muerte segadora no comprendió que para el equilibrio del mundo convenía llevarse primero a los ruines y los tontos que acaso alcancen una venerable senectud. Pero, ¿quién le pone cascabel al gato, es decir a la muerte y al absurdo destino del hombre en el orden o desorden de la naturaleza?" (p. 9).

Sabía lúcidamente que si bien para poner en orden la cultura se necesitaba, como ya lo había expresado con ese tono nietzscheano de sus escritos de finales de 1920 y comienzos de 1930, *voluntad y propósito, voluntad y poder*, se carecía de recursos respecto a las leyes naturales, tan naturales como lo era la muerte. Como el sabio maestro que no esconde su inquietud respecto al destino final del viaje vital, pero que tampoco se consterna, agregaba sin agobio:

“Cuando ese extraño demonio de intranquilidad que visita a los escritores empezó a dictarme este libro, tuve dos peligrosas ilusiones: la de presentar un testimonio desnudamente sincero y la de que mi experiencia sirviera de alerta y enseñanza a los otros (p. 10)”.

Sin embargo, advierte enseguida:

“Cada hombre, cada generación, debe encontrarse con sus propios reveses y librar su peculiar apuesta con el destino” (p. 14).

Para reiterar con humildad y cariño su prosa de sinceridad:

“(…) y así arrojé esta botella al mar por si alguien quiere imponerse del pequeño testimonio de añoranza o de salvación. Lo escribí pretendiendo ser sincero (...) aún la existencia más humilde cumplió su destino, y nosotros, entre tantos seres a quienes quisimos y a quienes combatimos, conquistamos nuestra migaja de tiempo histórico” (p. 16).

HISTORIA Y VIDA, PICÓN-SALAS HOY

Informados del contexto de la obra y, aún a riesgo de presentar un argumento ajeno a la propia temporalidad del autor, expresaba al comienzo de mi intervención mi deseo de recoger la "botella al mar" arrojada por don Mariano. Como acicate a quienes vinimos después, me pregunto: ¿Cuánto de diferente o cuánto de similar era el mundo del escritor al nuestro? Es decir, aprovecho el hondo recuento sobre ciertos temas tan actuales, como lo son las vicisitudes de la política o el periplo de la palabra revolución, para plantearme a Picón-Salas hoy, cuando precisamente vivimos una euforia política y supuestamente revolucionaria. Oigamos con atención estas palabras, algo así como para comenzar a echar anclas, que reproducen todo un tejido presente en la memoria histórica popular:

“porque semejante santuario del patriotismo –el Panteón Nacional-- se echó a perder desde que llevaron allí los restos de algunos generales hirsutos, blasfemos y populacheros de nuestra tremenda guerra federal. Generales que (...) se alzaron contra la gente decente y pagarán en el infierno su demagogia inaudita (p. 27).

Resaltan términos como patriotismo, guerra, demagogia, populacheros. ¿A quién le son extraños estos términos hoy? ¿Quién, si no Picón-Salas se atrevió desde siempre con su prédica, con su verbo equilibrado, crítico y por veces encendido, con su hondo pensamiento, a interpretar los valores como relaciones de poder sin atrincherarse del todo en un crudo naturalismo moral? Más que como filósofica en el sentido tradicional del término, tal vez convendría definir su obra, particularmente este *Regreso de tres mundos*, como un “campo de fuerzas”, un escenario dramático de tensiones expuestas a plena luz. Quizás son nuestras mismas tensiones, las de nosotros hombres y mujeres del siglo XXI. Acaso son aquellas a que él se refiere con estas palabras:

“Entre las dos fronteras de toda existencia —el lugar desde donde se viene y aquel adonde se quiere llegar— se sitúa la extrema tensión del presente, aquello que ya no es recuerdo o utopía, sino circunstancia acechante (...) lucha con los demás hombres; suma de episodios triviales que parecen apagarse con la ceniza de cada crepúsculo. Y heme, pues, a tientas, buscando desde la adolescencia ese camino de individuación que señala mi destino; mi trabajo entre los hombres. ¿Era torpe o inteligente? Por el momento no sabía decirlo” (p. 23).

No es nada fácil, entonces, ubicar a un pensador situado en este tipo de encrucijadas. Con todas sus tensiones, Picón-Salas aparece ante nosotros hoy, como una suerte de funámbulo, de acróbata haciendo equilibrio entre la crisis del idealismo heroico, del mesianismo caudillesco, del militarismo malsano, del populismo falsificador de las palabras y de las ideas, de los demagogos que se esconden detrás del lenguaje charlatán, entre estos *atributos* y la emergencia de nuestra resaca cínica, nihilista. Picón-Salas hoy, es equilibrio entre el cansancio de un mundo agotado y un renacimiento subjetivo no exento de dolores de parto, como los que actualmente sufrimos; entre el feroz e inmisericorde desenmascaramiento de los actuales y falaces valores morales (supuestamente y mal llamados

“bolivarianos) y la recarga energética de la ilusión, de la esperanza; equilibrio en fin entre la profundidad subterránea del topo y el juego de espejos y sombras distorsionadas en las superficies. Por todas estas instancias pasa Picón-Salas:

“Es el paso irreversible de uno por el meridiano de su época y de su generación; la suma de problemas que nos acosaron y que sólo existirán como ‘pasado’, es decir como cuento y memoria para quienes habrán de sucedernos (...) El polvo que avanza nos confundirá con el polvo de nuestros abuelos” (pp. 16-17).

¿Quién no ha creído reconocerse en el fascinante reflejo de este espejito mágico --*meridiano de su época y de su generación*? Es más, ¿quién no se ha sentido lo suficientemente *poderoso* como para acendrar el polvo de los abuelos en su imaginario narcisista? ¿Quién no ha sido tan presuntuoso como para resistir la tentación de despreciar al tirano o al siervo de su tiempo? En Venezuela desde la época de Picón-Salas y desde siempre, no ha dejado de irrumpir en este escenario ese tirano o ese siervo, con violencia cual soberano que declara y accione su simpatía por el resentimiento. Un resentimiento siempre atribuido, significativamente, a los otros pero acicate al fin para mal poner los unos contra los otros.

MITO DE LA REVOLUCIÓN

Mariano Picón-Salas fue un testigo de excepción de los grandes acontecimientos mundiales del siglo XX. Su función diplomática que lo llevó a Europa en diversas oportunidades, le permitieron presenciar u observar de cerca las guerras mundiales, la crisis del capitalismo internacional y el surgimiento de los totalitarismos fascista, nazi y soviético. Como escritor y como pensador, intentó comprender esos fenómenos en función de diseñar una política latinoamericana y venezolana ante ellos. Se asumía parte de una élite dirigente, de un “comando”, que advertía a los gobiernos y al pueblo sobre la necesidad de guardar distancia, desde una perspectiva socialista democrática, ante esos regímenes opresivos.

En estos grandes acontecimientos prevaleció un espíritu de secta, la cerrada y oscurantista ideología del partido y del Estado. Las ciencias, las artes, para los nazis son –por ejemplo- especies de sirvientas del aparato estatal y, en última instancia, de un líder carismático y mesiánico. Desde estas criadas (las ciencias y las artes) se construyó el “mito germánico”. Se edificó una suerte de imperialismo espiritual: “(...) surge el tirano con el plan de configurarnos el alma; de rehacer las gentes a su imagen y semejanza”. Y pasa enseguida a preguntarse:

“¿Cuándo las gentes podrán estudiar por igual a Marx y a Santo Tomás de Aquino; cuándo escucharemos una hermosa música o disfrutaremos de un perfecto poema, sin necesidad de ponerles la etiqueta de “burgués” o de “proletario?” (p. 101).

Como convencer es más difícil que vencer, ya lo sabía y no lo ocultaba ese otro sabio de aquel tiempo, don Miguel de Unamuno, el Partido Nacional Socialista Alemán de los Trabajadores, para citar uno, se fue por el camino rudo de la violencia para obligar la conformidad, y la ordenación totalitaria. Impusieron la disciplina del rebaño. Los que no compartieran los dogmas del partido nazi, perdían la cabeza. Y un maniqueísmo intolerante dividió a los individuos en réprobos, que no aceptaban las verdades sagradas, y los bienaventurados que sí las abrazaban ciega y sumisamente. Los militantes implacables tenían una semántica propia que eleva o degrada a cualquier persona. Basta llamar a alguien “revolucionario”, “burgués”, “reaccionario” para que ese fulano o zutano gane el cielo o se hunda en las candelas del infierno.

No le temblará el pulso a don Mariano para insistir en que la idea de “revolución” desde hace décadas, se encuentra lejos del marxismo. Le reprocha a ese ideario la postergación de la instauración de la libertad para supuestamente establecer la igualdad. Critica acerbamente los manuales de materialismo histórico –que suelen ser invariablemente malos, pues

tergiversan el marxismo, Lenin dixit--como el de Bujarín³ y Plejanov⁴ con cuya lectura se sustituía el esfuerzo crítico de adquirir una sólida, reflexiva y amplia cultura. Estos manuales vomitan un rígido esquema determinista, edifican una Teología con su predestinación, sus réprobos y elegidos. Por si esto fuese poco, es firme en la convicción de que ninguna dictadura puede establecer la libertad. Acusa al materialismo histórico de empobrecer la cultura al explicar el fenómeno humano desde un monismo materialista:

“¡Qué pobre imagen del arte —como si se tratara de la harina o la cerveza— me daba aquel librito en que se fundamentaba la más tosca estética marxista de Plejanov!” (p. 100).

Así se expresaba de uno de los autores canónicos del sangriento estalinismo y de las cuestionadas tesis del materialismo histórico. A pesar de no encontrar el centro de aquello contra lo que él luchaba, la estructura de la totalidad social, Picón-Salas es la gran mente que, en vista de que la niebla se espesaba a mediados del siglo pasado, consigue una libertad de ilusiones y una perspectiva que es accesible desde una perspectiva ecléctica. Ahora bien, tratando de superar este eclecticismo, llevado al borde del nihilismo, ¿no caía atrapada esta nueva apuesta crítica por un nuevo señorío en una dinámica melancólica y, por ello, aún demasiado nihilista? Es decir, ¿no se caería en la tentación de superar el nihilismo con más nihilismo? Resumir la obsesión de aquel siglo por su tendencia épica a roer el hueso duro de lo real, bajo el imperio de la propaganda y un simplista esquema determinista y materialista, habría de ser fundamentada. Oigámosle:

“Mi choque con esa elemental literatura revolucionaria no procedía de que yo rebajara el sentido de la palabra Revolución —hubiera dejado de ser joven para dudar de ella— o de que creyese que el mundo estaba perfectamente bien hecho y los cánones

³ Bujarín, Nikolai I, *Teoría del materialismo histórico (Ensayo popular de sociología marxista)*, 1921.

⁴ Plejanov, Georgi V, *Cuestiones fundamentales del marxismo*, 1908.

y formas de vida de la burguesía eran insuperables. Reaccionaba tan solo contra la tosca simplificación de la varia y maravillosa diversidad humana” (p. 100).

Se sitúa el problema, no en el plano de la epistemología histórica, o en el de las ideologías únicas y mesiánicas, sino en el de la vida, o sea, en el de la cultura (*varia y maravillosa diversidad humana*). En este contexto, resulta muy sugerente su idea de la revolución. Escuchemos:

“Traduciendo mi sentimiento juvenil de aquellos días, ‘Revolución’ se llamaba lo que transformaría progresivamente los males de la sociedad. Que hubiera menos miseria; que la máquina —ya no monopolizada por el capitalismo— aliviara la pesada carga de agobiante trabajo manual que aún pesa sobre las masas proletarias; que no hubiera gentes sin nutrición, vivienda y vestido, y no sólo las minorías adineradas o subvencionadas tuvieran derecho a la educación y la cultura” (p. 103).

En el caso del mundo hispanoamericano, servilmente atado a las grandes potencias que imponen al mundo sus sistemas de economía y estilo de vida, la tan soñada Revolución formaba parte de un inconcluso capítulo de aquella Independencia nacional lograda a medias en la década de 1820. La postura ética no se haría esperar. Había que ir más allá de otras generaciones intelectuales, como la del Modernismo, y su “*fuga de la historia*”, y prepararse para los cambios ineludibles. Así las cosas, la interrogante tronaría de nuevo:

“¿Qué íbamos a hacer los intelectuales ante la explotación y despojo que padecían nuestros pueblos? Casi llegábamos a admirar a tantos bandidos de la Revolución mexicana, héroes de la ‘balacera’, al estilo de Pancho Villa, asaltando los trenes donde escapaban los expoliadores, ‘afusilándolos’, sin darles tiempo a encomendarse a la Virgen de Guadalupe” (p. 104).

Pues ni modo, la respuesta vendría por sí sola y claramente expuesta: “*Junto a nuestros libros universitarios de letras y filosofía, colocamos algunos de política y ciencia económica.*”

Tener más perspicacia para entender lo que viene (...)". De eso trataba el desafío de esa nueva generación, más altiva socialmente, más comprometida con las mayorías dominadas, más lúcida intelectualmente. Eran tiempos de terribles grietas sociales, de multitudes hambrientas o vencidas. La paciencia para esperar la reconstrucción de la soberanía popular era débil. Y allí entraron en acción los demagogos de turno

"El pequeño intelectual frustrado o resentido, el militar sin esperanza de rápido y próspero ascenso, estaban dispuestos a convertirse en demagogos e iban a buscar una especie de realengo poder político que se les ofrecía en las plazuelas" (p. 106).

Caldo de cultivo pues para que surgieran los *Il "duce"* o *Der "führer"*, decididos a destruir toda situación anterior, a trastornar el sistema tradicional de valores, delegar la soberanía ya no en un gobierno parlamentario sino en el propio mesías o en su gobierno que prometía crearlo todo de nuevo. Sin duda que un difuso espíritu de subversión se nutría de las imprevisiones de la democracia, y los pobres y abandonados pretendían cobrarse de los estragos de la guerra. Así describe la situación Picón-Salas:

"Gran oportunidad para que nuevos tribunos del pueblo o simples 'condottieros' de la aventura política salieran a conquistar las masas. El espíritu histriónico de que se contagia toda muchedumbre cuando hay un titiritero que la sugestione, se trocaba en imprevisible fuerza. La palabra 'Revolución' legitimaba con vaga promesa de futuro, con el natural descontento por la situación presente, toda medida que parecía arbitraria o imprevista. Los 'revolucionarios' fascistas y nazis ya ni siquiera necesitaban estudiar el materialismo histórico —como los jerarcas rusos— sino creer en el *duce* o *el führer*" (p. 107).

A estos hábiles actores políticos (*titiriteros que sugestionan*), el pueblo no sólo les entregaba la representación de la soberanía, sino que les hipotecaba su libertad. Esta era cambiada por un espíritu de venganza, de odio, de resentimiento, de esperanza en la frustración. La idea de poder

político y de representación perdía todo fundamento moral. El juego se reduce a construir técnicas para mantenerse en el poder (George Sorel y el sindicalismo revolucionario en la Francia de 1910, Curzio Malaparte y las *técnicas del golpe de Estado* en la Italia de 1929, por sólo citar dos ejemplos). La más amplia literatura política de la época se dedicó a tal fin. Y remata Picon-Salas:

“He conocido muchas gentes, verdaderos endemoniados —como los personajes de las novelas de Dostoievski— que nos daban lecciones sobre como asaltar el gobierno, pero no hubieran podido responder claramente para qué lo querían. Racionalizar el terrorismo espontáneo y desesperado de los anarquistas del siglo XIX, convertirlo en siniestra maquina de precisión, fue así una voluntad de la época” (p. 109).

La palabra y el mito de la revolución que describen con brillo las hermosas páginas del *Regreso de tres mundos. Un hombre en su generación*, tiene tanta vigencia en nuestro hoy venezolano, cuando se abusa tan desconsideradamente de ambos que lo que hace es esconder el afán de violencia e ilegalidad de nuestros “endemoniados”⁵ dirigentes políticos. El resultado está a la vista y Picón-Salas hoy tan vigente como siempre, con su prosa autobiografía no hace más que alertarnos. La solución siempre será peor que el problema. Los resultados estremecen nuestra alma colectiva: tiranía de un color, retroceso histórico, retroceso técnico y espasmo científico. En un mundo de complejidad creciente nos encontramos como el Dante sin herramientas para enfrentarle, *porque mi ruta había extraviado*⁶. De extravíos estamos constituidos. ¡Qué duda cabe! Redención del oprimido, redención del desvalido trocada en terror revolucionario, en

⁵ Término utilizado por Picón-Salas tomado de Dostoievsky. “La característica del “endemoniado” es su sequedad de corazón, su nomadismo o destierro afectivo que petrifica en una sola idea o pasión simplificada, lo que en el hombre normal y ecuánime se reparte en afectos o sollicitaciones vitales. Siente que el mundo le castigó o no supo adaptarse a él, y verterá su insatisfacción en la venganza. La “tipología” del “endemoniado” va desde Calvino, hasta el charlatanismo histérico de Hitler. Se intoxica del propio prejuicio y lo afirma como creencia (pp. 109-110)

⁶ “A mitad del camino de la vida, en una selva oscura me encontraba porque mi ruta había extraviado. ¡Cuán dura cosa es decir cuál era esta salvaje selva, áspera y fuerte que me vuelve el temor al pensamiento!”, Dante Alighieri en el comienzo de su inmortal *Divina Comedia*.

chantaje mesiánico: Le doy su ración de pan negro o de amarilla arepa, a cambio de imponerles la propaganda, la ideología oficial, la disciplina e incondicionalidad del partido, todo esto aderezado con el secuestro de su misericordiosa libertad (p. 110).

Hay, pues, un tipo de historia autobiográfica, como la que muestran las páginas del libro que hoy no sólo presentamos sino que fervorosamente recomendamos a la parte más joven del auditorio, historia que es útil para la vida. Aquella que ofrece los ejemplos que permiten tomar conciencia de nuestra capacidad de auto transformación para hacer de la nuestra un viaje de conciencia y decoro, una obra de arte. Es la historia vivida y reflexionada, con la que Picón-Salas quiere salir al paso de los nuevos sentidos, de los escondrijos del ser de las nuevas generaciones para que no cometan o caigan en los errores del pasado.

Finalizo esta presentación, también materia para la discusión, para el ordenamiento de ideas, para la conversación serena y oportuna con un aleccionador mensaje derivado de su propia experiencia de vida, de su propio retorno del *viaje del mundo, el demonio y la carne*:

“Ya contra la barbarie y la sevicia, los desniveles de cultura y el resentimiento de muchas gentes y pueblos oprimidos que aún no alcanzan a sublimarlo (tragedias frecuentes de la vida hispanoamericana), me servían el estudio y la meditación como lámpara de minero que transita en la oscuridad (...) Con tantas luchas y andanzas, elaboramos —y ya nos sentíamos satisfechos— un poco de comprensión y acaso de felicidad” (pp. 144-145).